

3
EL DIA DOS DE MAYO

DE 1808.

EN MADRID;

Y MUERTE HEROICA

DE DAOIZ Y VELARDE.

TRAGEDIA

EN TRES ACTOS EN VERSO.

Por D. F. de P. M.

REPRESENTADA POR PRIMERA VEZ
EN EL COLISEO DEL PRÍNCIPE EL
DIA 9 DE JULIO DE 1813.

MADRID.

IMPRENTA DE REPULLÉS.

1813.

Ayuntamiento de Madrid

ESTUDIO LOS DE MADRID

DE 1888

M. V. GARCÍA

DE LOS T. V. GARCÍA

TRABAJOS

EN LOS AÑOS 1888

Por D. F. G. GARCÍA

EN LA BIBLIOTECA DE MADRID

MADRID

IMPRESA DE RIVERO

1888

Al Sr. D. Joaquin García Domenech,
Gefe político superior en comision
de Madrid y su provincia.

*Deseosó de manifestar mi
reconocimiento á los muchos fa-
vores que he merecido de V. S. le
dedico mi Tragedia del dia 2 de
mayo , no porque la crea obra
digna de la estimacion de V. S.
por el mérito de su composicion,
sino por ser un asunto tan reco-
mendable á todo buen español.
V. S. se dignará disimular los
defectos que tenga en los pre-
ceptos del arte ; y esté persua-
dido á que si su mérito igualase
á los deseos y patriotismo que
me anima , seria sin duda la
obra mas completa que hubiera*

*salido de las manos de los hom-
bres.*

*Dignese, pues, V. S. admitir,
si no mis primores, mis buenos
deseos, que me disculpan en par-
te de los defectos que haya co-
metido en su composicion.*

*Dios guarde á V. S. muchos
años. Madrid 8 de julio de 1813.*

B. L. M. de V. S.

Francisco de Paula Martí.

PRÓLOGO.

Todos los buenos españoles estamos obligados á contribuir por nuestra parte á libertar á su Nación del yugo ignominioso que se le pretende imponer; y cada qual tiene su modo de cumplir con tan sagrado deber. El Gobierno haciendo observar las leyes, y dictando las que le parezcan oportunas para su tranquilidad y defensa: los Magistrados haciéndolas cumplir con exâctitud: los Generales formando y dirigiendo los planes de tan justa guerra: los subalternos conduciendo á los soldados, y animándoles con su valeroso exemplo: los jóvenes tomando las armas y haciendo frente al enemigo: los hacendados contribuyendo con sus bienes para subvenir á la manutencion de la tropa y demas gastos de la guerra; y los sabios persuadiendo con sus reflexiones al cumplimiento de tan dignos objetos.

Yo ni soy magistrado, ni general, ni soldado, ni joven, ni hacendado, ni sabio; pero mi deber me impelia á to-

mar un partido en defensa de la patria, y no pudiendo de otro modo, me determiné á escribir esta pieza para perpetuar la memoria de la perfidia francesa, y el heróyco esfuerzo y noble patriotismo de los habitantes de Madrid, que supieron los primeros hacer frente al tirano, y quitar la máscara á la perfidia francesa, dando un exemplo á todos sus compatriotas del modo con que debian comportarse para mantener su sagrada libertad.

Los materiales para componer esta tragedia los recogí el dia 2 de mayo de 1808 en las plazas y calles de Madrid por mis propios ojos. ¡No me lo han contado! yo, yo mismo presencié la horrorosa escena, y noté las medidas adoptadas por el tirano, y para escribirla recogí sangre inocente, que conservé en mi corazon para que me sirviera de tinta; y así no son negras las letras que veis, amados conciudadanos: si tales os parecen, vuestros ojos os engañan. Miradlas con reflexion, y las hallaréis esmaltadas con la divisa de la Nacion.

Lo que os presento es un pequeño bosquejo de los horrorosos acontecimientos de este tan aciago como feliz dia; porque, ¡quién es capaz de enumerar-

los!.. Y si este es el bosquejo, ¿qué tal sería el quadro?... Mas sin embargo, creo que no podreis leerle sin horror. Es imposible que dexé de enternecer é irritar vuestro compasivo y valiente corazón; y esto es lo que me he prometido. Leedlo vosotros, y leedlo á vuestros hijos, para que la memoria de tan infausto como glorioso dia, perpetúe en vuestro corazón el odio eterno á nuestros opresores.

La tragedia de este dia (no hablo precisamente de esta) debia por ley mandarse representar todos los años el dia 2 de mayo en todos los teatros de España, para que toda la Nación tuviese presente la injusticia y el modo infame con que trató el tirano á los habitantes de la capital. Si así se hiciera, me atrevo á asegurar que habia de producir el mismo efecto que otros tantos ataques contra el enemigo de nuestra tranquilidad y sagrados derechos.

Todo quanto se representa en esta tragedia son hechos ciertos y positivos, sin que para su adorno haya tenido necesidad de recurrir á las licencias que permite el arte en estas composiciones; y si algun mérito tiene, es solo el de la coordinacion.

Al describir el heróico valor y noble generosidad del pueblo madrileño, y la perfidia y atrocidad francesa, puede ser que me hayan faltado voces suficientemente enérgicas para expresar debidamente uno y otro, y hubiera querido ser un Demóstenes ó un Ciceron para haber podido satisfacer los votos de mi corazon.

Aquí teneis, Españoles, una prueba nada equívoca de las felicidades con que pretendia colmarnos el tirano: reflexionad si os está bien admitirlas. ... Creeré que no... Pues guerra eterna al opresor de la Europa; y á imitacion de los nobles habitantes de la capital de España, perezcamos todos antes que doblar la cerviz á yugo tan ignominioso.

ARGUMENTO.

A fines del año 1807 entraron en España las tropas francesas al mando de Joaquin Murat, gran duque de Berg y de Cleves, cuñado de Napoleon Bonaparte, Emperador de los Franceses y Rey de Italia. Se introduxeron, con consentimiento del Gobierno, baxo el pretexto de amistad, aparentando amenazar á los portugueses y africanos, y se esparcieron por toda la península con un ejército formidable.

A mediados de marzo de 1808 llegaron á las inmediaciones de Madrid, y se prepararon para entrar; pero los acontecimientos del dia 19 del mismo en Aranjuez, dimanados de la proyectada fuga de los Reyes, por cuya causa se alborotó aquel pueblo y descargó toda su furia contra el infame Godoy, causa y origen de todos los males que oprimen á España, los

contuvo de entrar en aquella capital, que á imitacion de Aranjuez, se sublevó contra todos los ministros y partidarios del favorito, cuya sublevacion duró hasta la media noche del dia 20; y no hubiera cesado tan breve á no ser por la abdicacion de la Corona que hizo Carlos IV en su hijo y legítimo heredero el Príncipe Fernando.

La alegría y conmocion que causó en todos los espíritus esta novedad, y la noticia de la prision de Godoy calmó todos los espíritus, y se sosegó la plebe con la esperanza de mejorar su suerte baxo el reynado de su amado Rey Fernando VII.

Sosegado este movimiento popular hicieron los franceses su entrada en Madrid el dia 23 del mismo mes, con todo aquel aparato y fanfarronada que es propia de esta nacion; y varias gentes del pueblo que les creian efectivamente amigos, prodigaron

á Murat algunos vivas , sin embargo de que se oyeron voces que decian entre los aplausos : *vivan los franceses si vienen como amigos , y mueran si entran como enemigos* ; cuyas voces no fueron muy del agrado de Murat.

A los tres dias despues de la entrada de los franceses en Madrid , hizo la suya Fernando VII , que hasta aquel dia habia permanecido en Aranjuez. El pueblo creyó que , como era regular , las tropas francesas harían los honores al nuevo Rey ; pero no solo no los hicieron , sino que notaron que Murat , que habia salido á caballo con toda su guardia hácia el paseo de las Delicias , volvió riendas al caballo luego que vió venir á Fernando , sin dignarse saludarle : aún hizo mas , no fué á visitarle á Palacio en todo el tiempo que permaneció en Madrid : esto incomodó sobre manera al pueblo , y empezó á desconfiar de la amistad de los franceses , y mu-

cho mas quando despues de haber salido para Bayona los Reyes viejos, y sacado con engaño á FERNANDO VII. para arrebatarle la corona, sacaron de la prision al vil Godoy, y se le llevaron, sin haber podido tener el gusto de verle en un suplicio, segun lo esperaban, y él lo tenia merecido por sus muchas maldades.

Desde aquel momento, sin temer al exército formidable que interior y exteriormente circundaba á Madrid, empezaron á mofarse en todas partes de Murat y su guardia, y el domingo, dia 1.^o de mayo, pasando revista en el prado á mas de 2400 hombres de toda arma, cuyo aparato era capaz de intimidar á qualquiera otra nacion, le insultaron de tal modo en medio de sus huestes, que luego que llegó á Palacio, se determinó, lleno de furia, á hacer el horrible estrago tan sabido del dia dos.

A este efecto llamó á Negrete,

entonces Capitan general de Castilla la nueva, hechura de Godoy, y por consiguiente adicto á los franceses, y le encargó que advirtiese á las tropas españolas que no tomasen parte en la conmocion popular del dia siguiente; como efectivamente lo mandó, y fue obedecido, menos de los capitanes de artillería Daoiz y Velarde.

Dió las órdenes correspondientes á todas sus tropas, y al dia siguiente por la mañana, para incitar al pueblo, puso en una de las puertas de palacio, llamada del Príncipe, un coche con su tiro de mulas y la guardia francesa que debia acompañar á las personas que habian de ir en él.

Lo vió el pueblo, y se figuró que aquel coche estaba preparado para llevarse al Infante Don Antonio, tio del Rey Fernando, á quien habia dexado por Regente durante su ausencia.

De aquí infirieron que si se llevaban al Infante D. Antonio, era

indispensable que Murat tomase el mando, y que tendrian que sujetarse forzosamente al yugo francés; é intentaron impedirlo á la fuerza. A este efecto cortaron los tirantes á las mulas del coche: la guardia francesa quiso impedirlo, el pueblo se alborotó, y se armó la gresca.

En un momento se vieron todas las calles principales y plazas ocupadas por las tropas francesas de infantería y caballería, con la artillería correspondiente, tirando y matando á diestro y siniestro á quantos hallaban, sin exceptuar clases, sexôs ni edades. La gente del pueblo baxo, en lugar de intimidarse, hizo frente á estos bárbaros y á sus cañones, sin mas armas que palos, cuchillos, algunas escopetas y cuchillas de cortar la carne &c. Las mugeres, tan animosas como los mismos hombres, quando mas no podian, los mataban á pedradas. Gran destrozo hicieron los

franceses con la gente del pueblo en este dia ; pero fue tal la obstinacion y encarnecimiento de los madrileños, que por cada uno del pueblo que murieron, les mataron por lo menos diez franceses. *

Luego que Murat recibió esta noticia en el palacio de la Moncloa , lleno de soberbia y fuera de sí , intentó la mas cruel y vil venganza ; y ya que no pudo lograr su intento por la mañana , á causa de la obstinada defensa del pueblo , pensó lograle á sangre fria , y mandó que quantos fuesen cogidos en las calles con armas ó con qualquiera instrumento capaz de causar la mas leve herida , fuesen conducidos al Prado , y entregados á una comision militar para que les mandase en el acto pasar por las armas.

Los soldados y la comision cumplieron con la mayor exâctitud las órdenes de su cruel y sanguinario gefe , y por un corta plu-

mas , unas tixeras , ó cosa semejante , fueron atados y conducidos al prado un gran número de gentes de todas clases ; y amontonados , sin atender á razones , súplicas ni llantos , fueron sacrificados á su rabiosa furia

En frente de las Caballerizas , en el mismo prado , hicieron un grande hoyo , en donde los iban echando , despues de haberlos desnudado la soldadesca , y de haberse aprovechado de sus ropas , y de las pocas alhajas y dinero que les hallaron ; y este es el asunto de la presente Tragedia: en ella se han procurado reunir los acontecimientos mas notables de este infansto dia , dando una escasa idea de lo que en él pasó.

La persona de Sebastian , representa al pueblo de Madrid , y Daoiz y Velarde los héroes militares.

ADVERTENCIA A LOS CÓMICOS.

En un caso de necesidad podrá un mismo actor representar dos papeles, por haber muchos que no tienen mas de una salida; y como tienen que mudar de vestido, puede disimularse.

Para imitar los cañonazos mas ó menos cerca en lo interior, se usa de un tamboron, dándole con una manopla mas ó menos fuerte.

ACTORES ESPAÑOLES.

ACTORES FRANCESES.

SEBASTIAN, *béroe del pueblo.*DAOIZ, *Comandante de Artillería.*VELARDE, *Capitan idem.*NEGRETE, *Teniente general.*D. LUIS..... } *Del pueblo*D. PEDRO. } *medio.*D. ANTONIO. } *Del pueblo*PERIQUILLO. } *baxo.*GINESILLO. } *UN SARGENTO, de Artillería.*EL ZURDO... } *FERNANDEZ, soldado idem.*RSQUADRON, *Soldado inválido.*

UN CLERIGO.

UN FRAYLE.

UN BARBERO.

UN ARRISRO.

*Comparsa de soldados de artillería, y de hombres y mugeres del pueblo.*MURAT, *Mariscal.*GRUCHI, *General.*LALANDE, *Comandante.*DOVART, *Ayudante.*LAFONT. } *Oficia-*CHIREAU. } *les.*RUCHER. } *Edeca-*LEFSVRE. } *nes de Murat.*

CABO 1.

CABO 2.

CABO 3.

CABO 4.

Comparsa de Soldados.

ACTRICES.

DOÑA ANTONIA, *muger de D. Luis.*LA MARICONA. } *Del pueblo*LA SALEROSA.. } *baxo*

LA ROMA..... }

La Scena se representa en las calles
de Madrid.

ACTO PRIMERO.

SCENA I. (1)

MURAT, GRUCHI, NEGRETE,
LEFEBRE, LAFONT Y GUARDIA DE
FRANCESES (2).

GRUCHI.

Ya está todo prevenido,
segun vuestra Alteza ordena.

MURAT.

Está bien. ¿Y vos, Negrete?

NEGRETE.

Yo de la misma manera

(1) *El teatro representa el Palacio que habitaba Godoy junto á Doña María de Aragon, cuya puerta estará en el foro, y á cada lado un cañon y la mecha encendida. Habrá dos centinelas á la puerta, y tropa de infanteria con las armas arriadas á la pared. Antes de salir hará la señal con la espada Lafont, y tocará la caja un redoble: los soldados acuden á tomar las armas y á formarse. Al tiempo de salir Murat y los demás se toca marcha francesa, y se presentan las armas.*

(2) *Murat saldrá con el uniforme de gran Mariscal; Gruchi y Negrete de generales; y todos con botas y espuelas prevenidos para montar á caballo.*

A

dí las órdenes á noche,
 de que la tropa estuviera
 sin salir de sus cuarteles,
 intimándoles la pena
 de muerte á los que falten
 á esta orden tan estrecha;
 advirtiéndoles á todos,
 que si acaso el pueblo intenta
 llevarse á fuerza sus armas,
 se las den sin resistencia;
 mas que no tomen partido,
 suceda lo que suceda,
 entre el baxo populacho
 ni entre la tropa francesa.
 Mandé á los oficiales
 que tranquilos estuvieran
 manteniéndose neutrales
 en el caso que advirtieran
 que entre el ejército y pueblo
 se armaba alguna contienda,
 pues si no tomaban parte,
 de los franceses ofensa
 ninguna recibirían.

MURAT,

Fué muy buena la advertencia,
 y está conforme á mi plan.
 De este modo haré por fuerza (1)

(1) *Irritado.*

me respeté el populacho,
y su atrevida insolencia
castigaré en este día.

Yo les haré se arrepentan
de las burlas que me han hecho
en el prado, y á presencia
de tantos millares de almas.

Y yo haré tambien que sepan
que del Príncipe Murat,
por atrevido que sea,
nadie se burla jamás
sin llevar la recompensa
de tan horrible atentado.

¿Visteis, Gruchi, la insolencia, (1)
el descaro y la osadía
de esa gente tan perversa?

¿Visteis con qué atrevimiento,
por mas que los centinelas
procuraban estorvarlo,
pasaban por las hileras
de la tropa, que formadas
imponer terror pudieran
al hombre mas atrevido?

¿Visteis cómo entre las piernas
pasaban de los caballos
de la feroz y tremenda
tropa de los coraceros?

(1) *A Gruchi.*

¿ Y en fin , visteis la vileza
 con que me trataron todos
 á el pasar por la puerta
 del Sol , dando mil silvidos,
 y haciéndome mil afrentas,
 sin respeto de mi guardia
 de polacos , que pudiera
 escarmentar su osadía ?

¿ Qué gente , Negrete , es esta ? (1)
 ¿ Son hombres , ó son demonios,
 que nada les amedrenta ?

NEGRETE.

Conozco que con razon
 ofendido vuestra Alteza
 está ; pero yo presumo
 que hoy quedará satisfecha
 vuestra ofensa , y de este modo
 ninguno habrá que se atreva
 á insultaros nuevamente.

MURAT.

¿ Estos míseros no tiemblan (2)
 de un ejército invencible
 que Austerlitz , Marengo y Gena
 sujetó con sus victorias ?
 ¿ De las triunfantes banderas
 de Napoleon el grande,

(1) *A Negrete.*

(2) *Irritado.*

terror de toda la tierra,
 y domador de la Europa?
 ¿De esa multitud inmensa
 de tropas tan aguerridas
 como tiene á su presencia?

NEGRBTE.

Con el escarmiento de hoy
 se humillará su soberbia;
 y todo el resto de España,
 por no sufrir igual pena,
 del grande Napoleon
 subyugada á la obediencia
 quedará. Yo amo, señor,
 á mi patria, y bien quisiera
 que llegase á conocer
 las ventajas tan inmensas
 que le prepara la Francia,
 y en el corazon me pesa
 ver que se muestre obstinada
 en no sujetarse á ellas;
 mas de hoy el escarmiento
 hará baxar la cabeza
 á una porcion de obstinados
 que la sedicion fomentan
 por fines particulares;
 y á su cargo y de su cuenta
 serán de este fatal dia
 las terribles consecuencias;
 pero me queda el consuelo
 que no opondrá resistencia

quando sepa todo el reyno
de la Cortè la tragedia.

GRUCHI.

Mi opinion no está conforme
con esa de Vuécelencia;
y es menester confesar
que no está la Nacion esta,
como habiamos pensado,
tan ignorante y tan necia.
Hablemos claro, Señor :
antes de pisar la tierra
de España, creímos todos
que con sola la presencia
de un ejército aguerrido,
y sin hacer resistencia,
se someterían todos.
Entramos con la apariencia
de amigos, y nos reciben
como si esto verdad fuera;
mas ni se admiran, ni aturden,
aunque descontento muestran;
presentándose serenos
á ver todo el tren de guerra,
pues no se les ha ocultado
la intencion de nuestra idea.
En Italia, al presentarse
las tropas, ni la cabeza
se atrevian á asomar
por las ventanas ni puertas,
y á el oír un cañonazo

á los montes con presteza
despavoridos corrian,
sin oponer resistencia.
Entramos en esta Corte,
y bien sabe Vuestra Alteza
el modo de recibirnos,
que al parecer fué una fiesta
para ellos nuestra entrada,
pues todas las calles llenas
de gentes de todas clases
á vernos se nos presentan,
cuyos serenos semblantes
nos borrarón de la idea
la supuesta cobardía
y afeminacion completa
que reynaba en este pueblo.
En el prado una tremenda
voz se oyó, que así decia,
entre el aplauso y la fiesta:
"vivan Murat y los suyos
„si es que como amigos entran;
„pero si como enemigos,
„Murat y los suyos mueran."
Esta voz, de mal agüero,
hizo que se dispusiera
colocar en el salon
del prado aquella tremenda
cantidad de artillería,
con municiones y mechas
encendidas, para vér

si así el pueblo se amedrenta,
 y por los efectos vimos
 de esta gente la entereza,
 porque se iban muy serenos
 á encender en las mechas,
 ó la yesca, ó los cigarros,
 por mas que las centinelas
 procuraban impedirlo:
 y de cada dia muestran
 menos miedo, y mas orgullo,
 Ayer mostró la experiencia
 en la revista del prado
 lo mucho que nos desprecian,
 Veinte mil hombres tenían
 formados á su presencia
 de á pie y de caballería
 con todo el tren de la guerra,
 capaz de imponer terror
 á otras gentes que no fueran
 madrileños, ni manolos;
 mas no sé qué clase es esta
 de hombres; pues sin recelo,
 entre las tropas se mezclan,
 que formadas en el prado
 todo su valor ostentan,
 sin ser bastante á impedirlo,
 ni el peligro ni la fuerza.
 Y no son solos los hombres,
 pues de la misma manera
 lo hacen tambien las mugeres

sin que nada las detenga.
 Bien sabéis que unos y otros,
 sin temor y sin reserva,
 vuestra persona insultaron,
 y se repitió la escena
 hasta llegar á Palacio.

¿Es acaso, Señor, esta
 la gente que nos pintaban
 tan cobarde? ¿Y es esta
 la gente que afeminada
 pretenden todos que sea?
 Si todo el resto de España
 tales hombres alimenta,
 no es tan fácil la conquista
 como el Emperador piensa.
 Puede ser que en este día,
 al ver que yá se presentan
 las tropas como enemigas,
 se sujete su soberbia;
 pero temo que ha de ser,
 según lo que manifiestan,
 para que mas irritados
 hagan mayor resistencia.

MURAT.

Hoy veremos si atrevidos
 ese gran valor ostentan.
 Ya que con insultos tales
 irritaron mi paciencia,
 que lloren su atrevimiento,
 y mueran á la violencia

del cañon y del fusil,
 del sable y la bayoneta,
 quantos tengan la desgracia,
 ó cometan la imprudencia
 de presentarse en las calles.
 Venganza..... Todos perezcan
 quantos en Madrid habitan,
 y que pretenden mi ofensa,
 sin exceptuar ni clases,
 ni edades..... que todos mueran,
 y venga yo con su sangre
 mi agravio, aún quando sea
 á costa de quebrantar
 las órdenes tan estrechas
 que tengo de mi cuñado
 el Emperador, que ordena
 que esto mismo se execute
 luego que ocupadas sean
 todas las plazas y puertos
 que en este pais encierran,
 por las tropas imperiales.....

UNOS. (1)

Todos los franceses mueran.

OTROS.

Que no se escape ninguno;
 perezcan todos, perezcan. (2)

(1) Voces dentro.

(2) Cañonazos á lo lejos, y fuego de fusilería graneado mas cerca.

II

OTROS.

Muera Murat y los suyos.

MURAT. (1)

¡Mas qué novedad es esta,
que aquí he aen un herido!

GRUCHI.

Ya por todas partes suenan
el cañon y los fusiles,
y el alboroto se acerca.

SCENA II. (2)

Los dichos, RUCHER y DOS SOLDADOS.

UN SOLDADO.

Gran Señor, este Edecán,
que desde el palacio, apénas
pudo llegar á este sitio,
dió una caída tremenda
desde encima del caballo;
acudimos con presteza
para ver de socorrerle;
y creyendo solo que era
efecto del grande golpe

(1) *Mirando hácia los bastidores de su izquierda, y sobresaltado.*

(2) *Rucher saldrá sostenido por dos soldados, moribundo, y á paso muy pausado hasta llegar donde está Murat, y le sostienen hasta entrarse.*

el que no podia apenas
levantarse, advertimos
que una herida sangrienta
tiene junto al corazon;
y enmedio de la violencia
que le causan los dolores,
que le traygamos ordena
donde vuestra Alteza se halla.

MURAT. (1)

¡Este es Rucher!... ¡Oh qué pena!
¿Qué es esto, infelice Rucher?
¿Qué desgracia ha sido ésta?

RUCHER. (2)

Yo muero, Señor.... ¡Oh Dios!...
y estas palabras postreras....
de mi vida.... he querido
decir en vuestra presencia.

MURAT.

¿Qué es esto, amigo mio?
¿Quién te hirió de esta manera?
Dilo, que juro á los cielos (3)
que ha de ser tan sangrienta
la venganza de mi zaña,

(1) Murat va á reconocerle, y luego que le conoce hace una grande exclamacion.

(2) Rucher articula con mucha pausa y trabajo, como una persona moribunda y atormentada por los dolores de la herida.

(3) Furioso, y como fuera de sí.

que como averiguar pueda
 el autor de tu desgracia,
 he de hacer que á mi presencia
 se le arranque el corazon.
 Háganse las diligencias
 para buscar al tráydor:
 yo ofrezco una recompensa
 á quien me haga este servicio.

RUCHER.

Escusada diligencia
 será, gran Señor.... buscarle....
 Del dolor á la violencia
 muero sin remedio alguno....
 Sí, llegó mi hora postrera.
 Yo muero.... Señor, cumpliendo....
 con la obligacion estrecha....
 que me impone mi deber....
 Estaba por orden vuestra
 á la puerta del palacio....
 esperando á que salieran....
 y subiesen en el coche
 el Infante.... con la Reyna
 de Etruria..... como ordena
 vuestra Alteza..... y un manolo....
 en que ha de cortar se empeña
 los tirantes á las mulas;....
 acudo yo con presteza
 á impedirselo.... y le tiro
 un sablazo á la cabeza:....
 él se vuelve como un rayo....

y con grande ligereza....
 me tiró una puñalada,....
 que muero.... sin duda de ella....
 Cumplí.... con mi obligacion....
 aunque.... la vida... me.... cuesta. (1)

MURAT.

¡Oh! Desventurado Rucher!
 Quitadle de mi presencia;
 y cuidad de su remedio,
 si acaso alguno le llega.
 ¡Oh qué desgracia!... Llevadle. (2)

UNOS.

Mueran los franceses , mueran. (3)

OTROS.

A ellos : que mueran todos. (4)

NEGRETE. (5)

Hácia esta parte se acerca
 el pueblo ya alborotado.
 No se exponga vuestra Alteza;
 mejor será se retire,
 porque su vida interesa;
 y en tales sublevaciones

(1) Muere.

(2) Entre los dos soldados se llevan á Rucher, que habrá quedado muerto en sus brazos. Al mismo tiempo se oye ruido y algunos tiros de artillería, y fusilería á lo lejos.

(3) Dentro voces.

(4) Mas cerca.

(5) Aturdido.

se expone á la contingencia
de perderla aquel que manda.

MURAT. (1)

Decís bien; y así, quisiera
saber donde mas seguro
pudiera estar de la fiera
crueldad del populacho.

NEGRETE.

La Moncloa está muy cerca
para que puedan llevarle
los partes á vuestra Alteza,
y está fuera de poblado
para evitar la sorpresa
en un caso necesario.

MURAT.

Vamos, pues; pero quisiera
que os vinierais vos conmigo.
Vos, Gruchi, con diligencia
avisadme quanto pase,
suceda lo que suceda,
sin que nada me oculteis:
que espero con impaciencia
por saber el resultado.

GRUCHI.

Descuide, pues, vuestra Alteza,
que de todo lo que ocurra
tendrá la noticia cierta

(1) *Receloso.*

por los partes que le envíe.

MURAT.

Vamos pronto, que se acercan,
y tomemos los caballos.

VOCES. (1)

Mueran los infames, mueran.

SCENA III. (2)

LAFONT Y LA TROPA.

LAFONT.

El tumulto va creciendo,
y hácia esta parte llega
mucho pueblo alborotado.

Preciso es tener cautela
para evitar el estrago
que con la tropa pudieran
hacer, si no hay precaucion.

Todos las armas prevengan. (3)

Los artilleros coloquen
los cañones con presteza,
el uno hácia esta parte, (4)

(1) *Dentro.*

(2) *Lafont al tiempo de marcharse Murat y los demas, hace la señal con la espada para que toque la caja, y manda presentar las armas.*

(3) *A los soldados.*

(4) *Los soldados se quedan sobre las armas, y los artilleros mueven los dos cañones, y los dirigen mirando á los bastidores; el uno hácia la*

y el otro hácia la derecha.
 Reunion. No se separe
 el que perecer no quiera. (1)

VOCES.

A ellos , chicos ; á ellos.

SEBASTIAN. (2)

Animo , amigos , perezcan:
 ninguno de estos infames
 vaya á contarle á su tierra.

LAFONT. (3)

Preparen las armas : apunten:
 fuego.

SEBASTIAN.

Estos viles mueran. (4)

derecha y el otro hácia la izquierda. En este intermedio suenan tiros á varias distancias , y de tanto en tanto cañonazos como á lo lejos : uno y otro hasta que se acabe el acto.

(1) *Dentro.*

(2) *Dentro.*

(3) *Manda el ejercicio , cuyas evoluciones hará la tropa ; y despues de la descarga de fusilería , á que corresponden igualmente desde adentro , disparan el cañon de la izquierda del actor , por donde inmediatamente sale la gente del pueblo , y arman una reñida pelea sin tiros.*

(4) *Entre los del pueblo sale Sebastian con el sable en la mano derecha y una pistola en la izquierda : se dirige á Lafont , quien le tira un sablazo que repara Sebastian con el suyo : al mismo tiempo le dispara la pistola , y cae muerto Lafont junto á los bastidores , para que no impida lo que debe hacerse en la escena siguiente. En esta pelea caerán varios franceses muertos , pero ninguno del*

SCENA IV.

SEBASTIAN , PERIQUILLO , *el ZURDO,*
la ROMA , la SALEROSA y gente
del pueblo. (1)

PERIQUILLO.

Ya hemos quedado solos,
 ya estas feroces bestias
 huyeron , y nos dexaron
 los cañones.... Yo quisiera
 buscar modo de llevarlos
 antes que por ellos vuelvan.

SEBASTIAN.

Calla , necio : ; para qué
 los cañones llevar piensas,
 si nos faltan municiones ?
 Y en caso que las hubiera,
 no sabemos manejarlos,

pueblo , porque conviene así para mantener la ilusion , guardando la misma precaucion de cuer à los lados.

(1) *Luego que se hayan dispersado los franceses , todos los del pueblo que salian con pa-
 les &c. y sin armas, los arrojan, y toman las que
 han dexado los franceses. La Roma llevará pie-
 dras en el enfaldo , y una cuchilla de cortar car-
 nes en la mano , y la Salerosa un cuchillo de co-
 sina.*

y de estorvo nos sirvieran
mas bien que de utilidad.
Además, ¿tenemos bestias
que los puedan arrastrar?

PERIQUILLO.

Dices bien: mas si volvieran
por ellos esos gavachos,
contra nosotros sirvieran.

ZURDO.

¿Tenemos mas que clavarlos?

SEBASTIAN.

¿Y dónde clavos se encuentran?

ZURDO.

Es verdad, todo nos falta;
pero ellos de esta manera
no se han de quedar aquí...

Donde las mochilas cuelgan
aquí en el cuerpo de guardia, (1) Y
clavos ha de haber por fuerza
con que poderlos clavar...

Dame, pues, Roma, una piedra,
á ver si puedo arrancarlos.

ROMA.

Mejor la cuchilla fuera:
tómala, y despacha pronto,
antes que los fueres vuelvan. (2)

(1) Señalando á la derecha.

(2) Le entrega la cuchilla, y se va con ella
por donde señaló.

SCENA V.

Los dichos y ESQUADRON. (1)

PERIQUILLO.

¿A dónde vas, Esquadron?

¿No temes que de esta gresca
te toque á tí alguna china?

ESQUADRON.

¿Yo temer? ¡esa es muy buena!

Yo á Dios solamente temo.

Busqué esta estratagema
para emplear los cartuchos
que habia en mi cartuchera
con los pícaros gabachos.

PERIQUILLO.

¿Y si te hunden la mollera?

ESQUADRON.

Estoy bien seguro de eso:

este trage me reserva,

porque ellos con la tropa,

segun Murat les ordena,

hoy no deben de meterse.

Yo voy por las callejuelas,

(1) *Saldrá con el uniforme de inválido, con fusil, cartuchera &c. y en la baqueta del fusil llevará puesto un papel como que va de ordenanza.*

muy serio con mi fusil,
 y quando alguno atraviesa,
 le sacudo un buen balazo,
 y le hago dar una vuelta
 patas arriba : y muy serio,
 como si hecho no hubiera
 tal cosa, sigo adelante
 hasta hallar en donde pueda
 cargar de nuevo el fusil,
 sin que ninguno me vea.
 Ya envié á los infiernos
 cerquita de una docena.

SALEROSA.

¡Viva el valiente Esquadron!
 Y que todo el mundo sepa,
 que aquel que tuvo retuvo.
 Hacia esta parte se acerca
 un francés todo azorado.

ESQUADRON.

Ya lo veo. Tener cuenta. (1)

ROMA.

Le diste ; mas no le has muerto:
 solo le has roto una pierna.

ESQUADRON.

¡No sabes quanto lo siento!

PERIQUILLO.

¿Pues por qué?

(1) *Le apunta, y dispara. Hacia la izquierda.*

ESQUADRON.

Porque quisiera
no anduviese el pobre cojo:
porque si yo en la cabeza
le hubiese el tiro acertado,
le ahorrára de esa pena.

SEBASTIAN. (1)

Hácia aquí un tropel de gente,
con varios franceses llega:
observemos qué es aquello.

ESQUADRON.

Yo me voy, pues aun me quedan
aquí unos quantos cartuchos;
y mucha lástima fuera
el no poder emplearlos
por falta de diligencia.

SEBASTIAN.

Dices muy bien, Esquadron;
pero apunta á la cabeza,
que es lastima que anden cojos.

ESQUADRON.

Déxalo eso por mi cuenta. (2)

(1) *Mirando á la parte opuesta de donde tiró Esquadron.*

(2) *Se marcha por la izquierda.*

SCENA VI.

Los dichos, menos ESQUADRON, y gente del pueblo que traen unos franceses. (1)

Rendid las armas , cobardes,

FRANCESES. (2)

Tengan piedad y clemencia,
por Dios, señores manolos.

TODOS.

No hay piedad , que todos mueran.

SEBASTIAN.

Deteneos , que no es esa
hazaña de pechos nobles,
y el español nunca emplea
sus armas contra el rendido.

Ya las tuyas nos entregan,
pidiendo misericordia;

y sería una accion fea,
y un borron para Madrid,

que todos los que supieran
lo que pasó en este dia,

al mismo tiempo dixeran:

“los crueles madrileños

(1) Voces antes de salir.

(2) Al salir rinden las armas , y se arrodillan.

„á una porcion , sin defensa,
 „de franceses , los mataron
 „por mas que puestos en tierra
 „de rodillas , les pedian
 „que no se les ofendiera.”

PERIQUILLO.

¿Pue qué hemos de hacer con ellos?
 que si libres se les dexa,
 se irán á buscar armas,
 y como feroces bestias
 volverán contra nosotros.

SEBASTIAN.

Todo eso se remedia
 con dexarlos encerrados,
 y al primero que pretenda
 escaparse , darle muerte.
 Y supuesto que están cerca
 de aquí las caballerizas
 de palacio , allí pudiera
 encerrárseles en tanto
 que durase la tormenta.
 Allí se podrán quedar
 quatro ó seis de centinela,
 y al que pretenda fugarse
 que le echen las tripas fuera.

TODOS.

Dice muy bien Sebastian.

SALEROSA.

Vamos canalla perversa:
 vamos allá : y cuidado,

que el primero que pretenda
ó intente solo escaparse,
irá á comerse la cena
que en los infiernos le tienen
aderezada y compuesta. (1)

SCENA VII.

Los dichos, y el ZURDO. (2)

ZURDO.

Ya traygo yo aquí los clavos.
Con esta cuchilla mesma
voy á clavar los cañones. (3)

SCENA VIII.

Los dichos y GINESILLO. (4)

GINESILLO.

Socorro.... socorro.... ¡Oh Dios!
¿No hay nadie que me defienda?

(1) Parte de los del pueblo entran á empujones á los franceses, y los demas se quedan.

(2) Que trae los clavos.

(3) Va á clavar los cañones, y luego se mezcla con los demas.

(4) Viene huyendo sin armas, capa, ni sombrero, y todo asustado.

SALEROSA.

¿De quién huyes, Ginesillo?

GINESILLO.

¡De tres franceses! Ya llegan.

SALEROSA.

A ellos: que mueran, chicos.

TODOS.

A ellos, y todos mueran. (1)

SCENA IX.

Los dichos, y tres FRANCESES.

(UN FRANCÉS. (2)

Oh! Señores! por piedad!

¡Yo no estar francés de verras,
que estar un pobre polaco!

SEBASTIAN.

¡Recomendacion muy buena!
porque estos son todavía
mas malos, que la caterva
infernial de los franceses.

(1) *Salen los franceses, y al presentarse por los bastidores disparan los fusiles, se echan todos sobre ellos, y se arma una pelea en que mueren dos, el otro se pone de rodillas, y pide misericordia.*

(2) *De rodillas.*

SALEROSA. (1)

Yo le daré para peras.

ROMA.

¡No le mates, que ya el pobre
implora nuestra clemencia!

SALEROSA.

¡Qué piadosa que estás, Roma!

¿Sabés tú por qué nos ruega?

por no hallar otro remedio.

Si de aquí escapar pudiera,

á todos quantos hallára,

aunque sin armas los viera,

los matára sin piedad;

y para que no suceda, (2)

toma, infame... los infiernos

hace tiempo que te esperan.

SEBASTIAN. (3)

Dime, Gines, ¿dónde suenan

tan terribles cañonazos,

que estremecen á la tierra?

GINESILLO.

Por todo Madrid, amigo;

particularmente en la puerta

(1) Levanta el cuchillo para darle, y la Roma la detiene.

(2) Le dá de puñaladas con el cuchillo, y cae el francés.

(3) Suenan los cañones con mas frecuencia, á varias distancias.

del Sol : calle de Atocha:
 en la plaza : en la plazuela
 de Anton Martin y en el Prado.
 Las calles y callejuelas
 todas las tienen cogidas;
 y al que saca la cabeza
 por puertas ó por ventanas,
 ó al que en la calle se encuentra,
 le tiran una descarga,
 y patas arriba queda;
 sin que de esto se liberten
 viejos , niños , ni doncellas,
 frayles , clérigos , ni nadie.
 Las calles sembradas quedan
 de cadáveres , y gentes
 que están dando las postreras
 boqueadas ; pero entre ellos
 algunos franceses entran,
 que los nuestros en desquite
 hacen caer como brevas;
 pero los viles infames,
 porque el pueblo no los vea,
 llevan sus carros cubiertos,
 y á todo francés que encuentran
 herido ó muerto recogen,
 y á los de Madrid los dexan
 donde quiera que se hallan.

SEBASTIAN.

¡Oh qué bárbaros!... ¡qué fieras!...
 ¡Qué crueles!... ¡qué inhumanos!

Yo bien sé que en esta empresa
tengo de perder la vida;
pero por Dios que la fiesta
no les saldrá muy barata.

GINESILLO.

Yo he escapado de buena,
mas aunque muera este dia,
bien poco á deber me quedan,
porque ya envié al infierno
como una media docena.

SEBASTIAN.

¡Y estos eran los amigos!
¿pues qué mas hacer pudieran
viniendo como enemigos?....

¡Aquesta infame sorpresa
estaba ya meditada!

Porque si no, ¿cómo hubieran
podido juntar la tropa
con tan viva diligencia?

GINESILLO.

No se puede eso dudar:
pues las pocas tropas nuestras
que se hallan en Madrid,
en sus cuarteles se encuentran
con orden de no salir,
baxo la terrible pena
de la vida, si es que alguno
en la calle se presenta.

Rabiando están de corage
por no danzar en la fiesta.

Esto lo sé, porque fuimos
 varios de la gente nuestra
 á el quartel de los Guardias
 españoles, que nos dieran
 armas para defendernos,
 las que gustosos entregan.
 Les preguntamos la causa
 de no hallarse en esta gresca,
 y echando votos y tacos,
 nos responden de que expresa
 orden tienen de Negrete,
 para que nadie se atreva
 á salir en este dia;
 y que si el pueblo intenta
 arrebatarnos las armas,
 se las den sin resistencia.
 Desde allí me vine huyendo
 por calles y callejuelas,
 hasta llegar á este sitio,
 y de poco no me cuesta
 la vida, pues al pasar
 (aunque iba en diligencia)
 la calle de Fuencarral,
 una descarga me asesta
 un esquadron de franceses,
 que iban á entrar en ella
 por la red de san Luis.

SEBASTIAN.

Pues esos sin duda intentan
 del Parque de Artillería

apoderarse á la fuerza.

Esto no puede dudarse.

¿Qué clase de tropa era?

PERIQUILLO.

Qué sé yo.... de infantería;
y de estos de la melena
tambien venian con ellos.

SEBASTIAN.

Segun el camino llevan
no hay duda que van allá.

Vamos, por si acaso llega

á tiempo nuestro socorro;

y aunque la vida se pierda,

amigos, pues está echada

la suerte que nos espera,

ya que muramos, que digan

las edades venideras:

“que en el dia dos de mayo,

”sin orden, ni mas defensa

”que con palos y cuchillos,

”y las armas que á la fuerza

”quitaron á los franceses,

”los madrileños afrenta

”fueron de tan vil canalla.”

SALEROSA.

Que España viva, y muera

Napoleon y su gente,

Murat, y su descendencia.

SEBASTIAN.

Y que viva el Rey Fernando:

TODOS.

Viva, y los franceses mueran.

SEBASTIAN. (1)

Hacia aquí se acercan tropas:
amigos, que no se pierda
el tiempo; vamos al Parque
de Artillería, y perezcan
quantos hallemos al paso.

TODOS.

Que viva España, y perezcan
los gabachos y traydores.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

(1) *Suenan cajas dentro.*

ACTO SEGUNDO.

SCENA I. (1)

FERNANDEZ, *el SARGENTO, y tres*
SOLDADOS. (2)

FERNANDEZ.

¡CÓMO suenan los cañones!
¿Lo oye usted, mi sargento?

SARGENTO.

¡Demasiado que lo oigo!
¡Estos infames perversos
nos han dado muy buen chasco!

FERNANDEZ.

Por Dios que yo no le llevo.

(1) *El teatro representa la vista de la casa de Monte Leon, en donde estaba el Parque de Artillería, que se reduce á una sola puerta grande en el foro, con un medio punto en la parte superior, el qual tiene una rexa, cuyos radios salen del centro, y un gran patio, en que se verán dos cañones.*

(2) *El sargento Fernandez y los tres soldados estarán á la parte de afuera de la puerta, con ropa de quartel. Al tirar el telon se oirán cañonazos á lo léjos, los que continuarán con pausa durante todo el acto.*

C

A mí no me han engañado:
bien conocí que estos perros,
con sus caras de vinagre,
no podían nada bueno
dar de sí.... Al fin gabachos,
fanfarrones y embusteros.

SARGENTO.

Lo que yo siento es la orden
que nos tiene aquí sujetos,
sin permitir que salgamos
á favorecer al pueblo.

FERNANDEZ. (1)

¡Por vida de los demonios!
ya me falta sufrimiento
para obedecer la orden;
y estoy por echar el resto;
aunque me lleve el diablo.
Bien sabe usted, mi Sargento,
que no hay nadie mas sumiso
á obedecer los preceptos
y órdenes de mis gefes;
mas ya tolerar no puedo
la que hoy se nos ha dado
de que nos estemos quietos...
¡Fernandez aquí encerrado,
quando anda todo el pueblo
entre cañones y sables!

(1) *Con enfado.*

¡Un soldado ha de estar quieto
quando el paysano pelea!

SARGENTO.

Tú tienes razon: bien veo
que la órden es cruel
para los hombres de aliento,
honrados y militares;
pero precision tenemos
de obedecer los que mandan.

FERNANDEZ.

¿Y quién pudo mandar eso?

SARGENTO.

El general lo ha mandado,
y obedecerlo debemos;
mas yo me atrevo á apostar
nada menos que el pescuezo
á que nuestro Comandante
no se halla muy contento.

FERNANDEZ.

Y que al Capitan Velardé
le ha de suceder lo mesmo,
apostára yo esta mano.... (1)
¿Pero no oye usted qué estruendo?
Yo voy á coger mi sable, (2)
y aunque lo impida el infierno,
voy á baylar en la danza.

(1) *Cañonazos.*

(2) *Con resolucion, haciendo intencion de marcharse.*

Los tres SOLDADOS.

Todos haremos lo mismo.

SARGENTO. (1).

Poco á poco, Señor Fernández,
despacito, caballeros,
esta órden se nos ha dado,
y yo permitir no puedo
el que ustedes la quebranten.
Quizá mucho mas lo siento
que ustedes estar parado,
quando se halla con riesgo
en este instante Madrid;
pero forzoso es hacerlo.
Yo espero al señor Daoiz,
nuestro Comandante, y creo
que ya no puede tardar,
porque poco mas ó menos
á esta hora viene siempre;
quando venga pedirémos
todos juntos nos conceda
que salgamos.

FERNANDEZ. (1)

Bueno, bueno.

SARGENTO.

Y tal vez accederá,
porque segun el concepto

(1) *Con gravedad.*

(2) *Con alegría.*

que tengo formado de él,
por imposible lo tengo
que apruebe esta tiranía.

FERNANDEZ.

Dios quiera que venga presto.

SARGENTO.

Yo le conozco muy bien,
y sé que su noble aliento
no es capaz de consentir
la opresion y el tratamiento
infame con que estos viles
maltratan hoy á este pueblo.
Quando venga, todos juntos
con instancia pediremos
que nos permita salir
á pelear con el pueblo,
y á morir como soldados.

FERNANDEZ.

¡Qué viva nuestro sargento,
que piensa como español!
Como llegue á concederlo,
quantos gabachos encuentre
me los he de ir comiendo
como vizcochos bañados;
porque unas ganas les tengo
á los tales fanfarrones,
que un siglo cada momento
se me hace, hasta lograr
despachar á los infiernos
siquiera un par de docenas.

SARGENTO.

Pues no les tengo yo menos...

Ya viene aquí el Comandante. (1)

FERNANDEZ.

Pues á instarle , mi Sargento.

SCENA II.

Los dichos , y DAOIZ. (2)

SARGENTO. (3)

Señor Comandante , todos

á vuestros pies nos ponemos

de rodillas , suplicando

nos concedais defendernos,

y defender á la patria,

contra los monstruos horrendos

que pretenden oprimirla.

DAOIZ. (4)

No esteis así: del suelo

levantad , amigos míos.

¡Oh , cuánto adula mi pecho

tan generoso pensar!

(1) *Mirando á la derecha.*(2) *Con uniforme de Capitan de Artillería, graduado de Teniente Coronel.*(3) *El Sargento y los soldados incan una rodilla en el suelo.*(4) *Enternecido , y haciéndoles levantar.*

Sea el cuerpo de artilleros
 el primero que haga ver
 desde este mismo momento,
 que antes que todo es la patria,
 y que derraman contentos,
 por defender á su Rey,
 la sangre : yo os concedo
 que defendais generosos
 la opresion que sufre el pueblo
 en un tan aciago dia,
 para que tomando exemplo
 de vosotros los demas
 soldados, hagan esfuerzos
 para sacudir el yugo,
 que claramente estoy viendo
 quiere imponer el tirano
 á la Patria. Yo prometo
 perder por lo que á mí toca,
 hasta mi último aliento
 con vosotros, en defensa
 de tan sagrados derechos.

SARGENTO.

Muchachos , vamos corriendo
 á tomar las armas todos,
 para unirnos con el pueblo.

DAOIZ.

Eso no ha de ser así,
 pues aquí ocasion tendremos,
 segun creo , de ejercer
 nuestro valor. Al momento

disponed lo necesario,
por si acaso, como pienso,
se dirigen á este sitio
esos infames protervos,
poderlos escarmentar.

FERNANDEZ.

Vamos, pues, muchachos dentro
á sacar todos los chismes,
y preparar los trevejos
para escarmentar gabachos;
y repitamos de nuevo:
¡Viva nuestro Comandante!

SARGENTO.

Que viva, y le guarde el cielo
de traydores y asesinos.

TODOS.

Viva!

DAOIZ.

No perdaís el tiempo.
¡Que nos cojan prevenidos,
si temerarios ó necios
á este sitio se dirigen
satisfechos, y creyendo
que sin hacer resistencia,
hemos de entregarles luego
el Parque y la artillería!

TODOS.

Vamos, vámonos adentro. (1)

(1) Se entran, é irán de un lado á otro por

SCENA III.

DAOIZ , Y VELARDE. (1)

DAOIZ.

¡Velarde , cuánto me alegro
que hayas venido á este sitio!

VELARDE.

Y yo , amigo , celebro
el haberte hallado aquí.

DAOIZ.

¿Qué opinas de este suceso?

VELARDE.

Que se quitáron los traidores viles
la máscara faláz con que su intento
quisieron ocultar tan vanamente.

DAOIZ.

¿Y quién dudó ni un solo momento
el que cubrian su traycion infame
baxo aquel débil y aparente velo
de su vil amistad? ¿Quién lo iguoraba?
Los de la misma plebe cōnocieron
su malvada y perversa ipocresía,
y esto la causa fué de su desprecio.

*el patio , moviendo los útiles de artillería , como
que los están previniendo.*

(1) *Vestido de Capitán.*

VELARDE.

Y puedes añadir de la gran mofa
 que del vano Murat todos hicieron....
 Esta es la causa de la gran tragedia
 de este infeliz y miserable pueblo.

DAOIZ.

Para no ver el horroroso estrago
 que con tanta barbárie estan haciendo,
 lleno de lástima , terror y espanto,
 mis torpes pasos dirigí á este puesto.
 Este pueblo valiente y generoso,
 conoció del tirano el vil intento,
 quando sus tropas por Irun entraron,
 infestando el amado pátrio suelo;
 y no obstante la opresion tiránica
 con que les agoviaba un mal gobierno,
 puesto en las manos del mas ambicioso,
 de el mas inmoral , y de el mas necio
 de quantos déspotas la luz del dia
 vieron jamas en todo el universo,
 amantes de su rey y de su patria,
 olvidando los males que sufrieron
 por causa del infame favorito,
 juraron dentro de su noble pecho,
 antes morir que sujetarse al yugo
 que imponerles quiere el Atila nuevo:
 (que por fuera dorado le presenta,
 siendo en realidad yugo de hierro.)
 Y desde que las tropas del tirano,
 cubiertas con el engañoso velo

de la amistad , entraron en la Corte
 miraron á sus huestes con desprecio.
 Al soberbio Murat ayer mostraron
 en medio de sus tropas ; y él sangriento,
 intentó la venganza mas terrible
 que jamas cupo en alevoso pecho.
 Contra un pueblo infeliz y desarmado,
 estos cobardes con un doble intento
 quieren de su poder hacer alarde,
 para que viendo tan atroz exemplo,
 España toda su cerviz humille,
 si no por voluntad , sea por miedo.
 ¡Pero cuánto en su cálculo se engañan!
 porque la violencia no es el medio
 de sujetar al español valiente,
 bien claramente se lo estan diciendo
 de esta noble Nacion en las historias,
 y en los anales de remotos tiempos,
 los hechos de valor y de constancia,
 que fué testigo todo el universo:
 ellos mismos tienen la experiencia:
 que se acuerden cuántas veces fueron
 en campales batallas derrotados
 con la mayor vergüenza y vilipendio;
 y si piensan que la España se halla
 afeminada , por que tanto tiempo
 ha estado sumergida en el letargo,
 se engañan neciamente esos soberbios.
 Ellos procuren pues no despertarla,
 porque ha de pesarles con el tiempo.

Los españoles el valor conservan,
 y la constancia que de sus abuelos
 heredaron de las marciales lides.
 Guárdense, pues, los fanfarrones necios,
 y que no les engríen las victorias
 que en la débil Italia consiguieron,
 donde mas que las armas fué la intriga
 la que en todas partes peleó por ellos.
 Bien sé que la conquista preparada
 tienen de España por lo mismos medios,
 y que en la Corte tienen mil indignos
 españoles, traydores y perversos,
 que venden á su patria, y les ayudan
 para que puedan conseguir su intento;
 pero no les arriendo la ganancia,
 que el pago del traydor en todos tiempos
 es el ódio y desprecio de los mismos
 que les encargaron de tan vil empleo;
 y quando falten para su castigo
 entre los hombres suficientes medios,
 los rayos destructores de la esfera,
 y abrasadoras llamas desde el cielo,
 baxarian sin duda á exterminarles,
 para que todos viesen su escarmiento.

VELARDE.

Nadie, amigo Daoiz, la maldad puede
 disculpar de unos hombres tan perversos,
 porque estoy sumamente persuadido
 que á no facilitarles ellos medios,
 muchas dificultades hallarian

que impedirían conseguir su intento; de la sangre inocente que este día con inhumanidad se está vertiendo, han de ser respetables esos viles ante el trono del Hacedor Supremo.

DAOIZ.

¡O qué espectáculo tan horroroso, tan feroz, tan bárbaro y sangriento se presenta á la vista por las calles de este infeliz y desgraciado pueblo! Estaba yo quando empezó el tumulto en la calle de Atocha bien ageno de que tal cosa suceder pudiera; pues aunque por la órden que nos dieron ayer me temí algunas desgracias, nunca pensé llegase á tal extremo. Al oír el estrépito horroroso del cañon, y los míseros lamentos de la gente del pueblo espavorida, que sin saber á dónde iban huyendo, conocí de la órden la perfidia, y dirigí mis pasos á este puesto, determinado á hacer en este caso lo que me dicta el honor; y veo las calles de cadáveres sembradas, sin excepcion de clases, ni de sexós. ¡Ví la débil muger, el tierno niño, el anciano, el sacerdote, envueltos en su sangre! ¡El uno se lamenta

y pide alivio del dolor acervo
 que le ocasiona la mortal herida!...
 ¡El otro, levantándose y cayendo,
 mutilado del brazo ó de la pierna,
 para salvarse hace mil esfuerzos!...
 ¡Otro exálando los últimos suspiros,
 venganza pide á los justos cielos!...
 Y en medio de espectáculo tan triste,
 envidia causa el valeroso aliento
 de este pueblo esforzado y animoso,
 haciendo frente al enemigo fiero
 con palos, con cuchillos, con pistolas,
 con escopetas, y los instrumentos
 con que ganan la vida en sus talleres;
 sin temer de las armas el estruendo,
 ni del cañon el espantoso extrago,
 que con tanta crueldad les está haciendo.
 Envisten, hieren, matan y destruyen;
 las mugeres, olvidando el sexó,
 arrostran las primeras el peligro,
 y animan al esposo, al hijo, al deudo
 á que acaben con todos los franceses.
 ¡O nobles y esforzados madrileños!
 Por vosotros el dia dos de mayo
 memorable ha de ser en todos tiempos.

VELARDE.

No gastemos en vanas reflexiones
 estos pequeños y útiles momentos:
 en este, pues, tan apurado caso,

dí, ¿qué resolución tomar debemos?

DAOIZ.

La que á la clase nuestra corresponde,
cumplir la obligacion en que nos vemos;
como soldados defender la patria,
hasta exálar el postrimer aliento.

VELARDE. (1)

Ahora, mas que nunca, eres mi amigo.
Aprovechemos, pues, estos momentos,
y demos un exemplo á toda España
ya sea triunfando, ó ya muriendo.
Hácia esta parte viene presuroso
con armas en las manos, sin aliento,
mucha parte del pueblo alborotado,
sin duda alguna les vendrán siguiendo.

SCENA II. (2)

Los dichos, SEBASTIAN, GINESILLO,
el ZURDO, *comparsa del pueblo*,
y despues MARICONA.

SEBASTIAN.

De franceses un número infinito
hácia aquí se encaminan, segun creo,
y subiendo vienen por la calle ancha
de san Bernardo.

(1) *Le abraza.*

(2) *Saldrán todos corriendo.*

DAOIZ.

No temais por eso;
tranquilizaos, que como es debido,
en este sitio los recibiremos,
si es que aquí se dirigen: ¿y son muchos?

SEBASTIAN.

Segun yo para mí calcular puedo,
á dos mil puede ser muy bien que lleguen.

Sale MARICONA.

Por cerca del Hospicio van viniendo
muchísimos gabachos de á caballo,
y otros tantos de gorra con plumeros.

SCENA III.

Los dichos, y el SARGENTO. (1)

DAOIZ.

Ola, Sargento....

SARGENTO.

¿Voy, mi Comandante?

DAOIZ.

Decid, ¿quántos cañones hay dispuestos?

SARGENTO.

Los dos con que se enseña el ejercicio
á los soldados y reclutas nuevos.

(1) El Sargento habrá estado todo este tiempo paseándose por el patio, á la parte de adentro de la portada, y sale al llamarle.

VELARDE.

¿Y de las municiones; cómo estamos?

SARGENTO.

Algunos cartuchos de metralla hechos
hay pólvora también, y algunas balas.

DAOIZ.

Pues vamos, que los saquen al momento;
y si acaso no bastan los soldados,
que ayuden á sacarlos los del pueblo.

SEBASTIAN. (1)

Con mucho gusto, señor Comandante.

MARICONA.

Y nosotras, señor, también queremos
nuestra parte tener en esta fiesta.

¿Si usted supiera cuántas ganas tengo
de acabar con los pícaros gabachos?

Corramos, chicas; vamos allá dentro
á ayudar á sacar á los soldados
los chismes para matar á estos perros. (2)

VELARDE. (3)

Parece vienen por una y otra parte,
según avisan los marciales ecos.

DAOIZ.

Prontito, amigos, porque ya se acercan;
y será mucho chasco nos hállemos

(1) Se entra en el Parque con todos los demas del pueblo; y ayudan á sacar los dos cañones.

(2) Se entran donde los demas.

(3) Suenan á lo lejos cajas y trompetas.

sin prevencion en lance semejante,
pues seremos perdidos sin remedio.

SEBASTIAN. (1)

Arrempujad con brio , que se acercan.

MARICONA. (2)

¿Dónde se ponen estos marmotretos?

SARGENTO. (3)

Aquí á este lado.

SALEROSA.

(1) ¿Y yo estos otros?

SARGENTO.

Pónlos allí, muchacha, con aquellos,
que despues los pondremos en su sitio.

SEBASTIAN. (4)

¡Que se acercan!... aprisa; vamos presto,
muchachos , á cargar las escopetas. (5)

DAOIZ.

Cárguense los cañones al momento.

SARGENTO. (6)

¿ Con qué mi Capitan , han de cargarse?

(1) Sacan los cañones , y Daoiz y Velarde por señas les dicen donde los han de colocar , que será junto al foro , al lado de la misma puerta del Parque , mirando á los bustidores.

(2) Sacan las palancas , atacador , y demas útiles para cargar.

(3) Le señala donde deben colocarse.

(4) Suenan mas cerca las cajas y trompetas.

(5) Cargan todos los que las tengan las escopetas y pistolas.

(6) A Velarde.

VELARDE. (1) *del castañal*
 ¿Pues quién pregunta eso? con metralla.

SEBASTIAN.
 ¿Nosotros, señor Capitan, qué hacemos?

DAOIZ.

No hay que tener ningun cuidado, amigos:
 dejadlos que se acerquen, que bien presto
 quedará escarmentada su osadia.

MARICONA. (2)

Si hacen falta cartuchos, yo los tengo:
 que avise, chicos, quien los necesite.

VELARDE.

Y vosotros, amigos, hacer fuego
 mientras vayan cargando los cañones.
 Mucha serenidad y gran denuedo:
 no hay, pues, que separarse ni aturdirse,
 porque entonces todo lo perdemos.

SEBASTIAN.

Esté usted descuidado en este punto,
 señor Capitan, que los madrileños
 tenemos corazon valiente y firme,
 aunque somos los mas chicos de cuerpo,
 y en ninguna ocasion al enemigo

(1) *Cargan los cañones, y las cajas y trompetas se oyen progresivamente mas cerca, como que van abanzando los franceses.*

(2) *La Maricona lleva cartuchos en el enfaldo, y los va repartiendo á los del pueblo al paso que los necesita.*

cobardes las espaldas les volvemos.

DAOIZ.

Ya llegan á tiro. Las mechas prontas.
Fuego.

VELARDE.

Fuego. (1)

MARICONA.

¡Jesus! los que cayeron!

DAOIZ.

A volver á cargar, vamos aprisa.

SARGENTO.

Aquí nos faltan tacos. ¿Quién va dentro á buscarlos?

SALEROSA. (2)

Yo: mientras tanto toma,
y que sirva de taco este pañuelo.

GINESILLO.

Lo mismo que moscas los infames caen:
ya aunque muera, moriré contento,
pues queda esta canalla castigada.

SÉBASTIAN.

A todos los heridos y los muertos
á las espaldas se los van dexando,

(1) Disparan los cañones, y mientras cargan disparan los del pueblo, y vuelven á cargar: dentro se oyen también descargas de fusilería, y cae alguno muerto de la comparsa.

(2) Se quita un pañuelo manton que llevará por los hombros, se lo da al Sargento para taco, y se entra en el Parque á buscarlos.

y se van en sus filas reponiendo.

DAOIZ. (1)

Fuego.....

VELARDE,

Fuego... Así, viles cobardes,
castigaremos vuestro atrevimiento.

SEBASTIAN.

Firme, muchachos: muera esta canalla.

GINESILLO. (2)

Por aquí vienen otros.

SEBASTIAN.

Pues á ellos.

SCENA IV.

Los dichos, LALANDE, y tropa francesa.

DAOIZ.

El fuego suspended por un instante;
y pues con la señal de paz los vemos,
procuremos saber qué es lo que quieren.

(1) Mandan otra vez dar fuego á los cañones.

(2) Mirando hácia la embocadura, á cuyo tiempo saldrá Lalande con un pañuelo blanco puesto como bandera en la espada, acompañado de tropa francesa. Daoiz manda suspender el fuego, y se adelanta con Velarde y los demas hasta cerca de la embocadura.

SEBASTIAN.

Señor Comandante , desconfie de ellos, que esta gente no tiene buena cara para que pueda hacer nada de bueno.

DAOIZ.

No obstante , el escucharles es preciso.

LALANDE.

Señores oficiales , según creo deben estar ustedes enterados que estas hostilidades contra el pueblo es la intencion que vayan dirigidas, por castigar su vil atrevimiento, la mofa repetida , los insultos que nuestro general está sufriendo, y nosotros tambien ; y es muy preciso á su grande insolencia poner freno. Con los soldados esto no se entiende, por lo que estoy bien seguro y cierto de que á ustedes les han comunicado las órdenes que para el mismo intento á todos los oficiales y soldados por parte de su general les dieron; y es bien extraño que unos militares de graduacion quebranten los preceptos, que han recibido de sus superiores.

DAOIZ.

Que esas órdenes dieron , es muy cierto; pero falta saber si pudo darlas quien las dió, y tambien si es que tenemos precisa obligacion de obedecerlas.

Yo en estas circunstancias sé que debo desecharlas, supuesto que me consta que tales gefes, viles y protervos, á la maldad francesa están vendidos. Yo español, militar, y caballero, cumplo con mi Rey, y con mi Patria, y en defensa de entrambos con esfuerzo debo morir.

LALANDE.

Sois un vil español.

DAOIZ.

Yo os haré que conozcais bien presto que nadie me insulta impunemente: medid conmigo ese cobarde acero.

Un SOLDADO francés. (1)

¡Sacre matin! Bugre español fripon.

DOIAZ. (2)

¡Ah traidor, vil é infame!.. ¡Yo soy muerto
¡Oh mi amigo Velarde!.. Yo te encargo...
que vengues... este asesinato fiero. (3)

VELARDE. (4)

¡Traidores! pérfidos, viles, cobardes,

(1) *Al tiempo que Daoiz se pone en disposicion de batirse con Lalande, el soldado le atraviesa con el sable.*

(2) *Hace el movimiento que es natural al sentir la herida, y acuden dos del pueblo á sostenerla mientras habla.*

(3) *Muere, y le retiran de la scena.*

(4) *Lleno de furor embiste á Lalande.*

gabilla infame de asesinos fieros,
yo escarmentaré tan bárbara osadía;
pero, ¡ó santos y divinos cielos! (1)
venganza, amigos.. defended la Patria...
jamás os sujetéis á estos perversos.

SEBASTIAN.

Estos traidores asesinos mueran:
A ellos, muchachos, sacudidles recio. (2)

SARGENTO.

Venganza, amigos, los cobardes mueran.

SEBASTIAN. (1)

Ya conoceis, amigos, el desprecio
que hacen del honor estos bandidos,
no se apague nuestra furiosa saña.
Y hasta morir, ó verles extinguidos,
guerra eterna al francés y sus secuaces;
muramos todos, si es que envilecidos
nos hemos de ver con tan crueles hierros;
y pase el odio eterno á nuestros hijos.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

(1) *Le dan de bayonetazos, y los del pueblo le sostienen en pie hasta que muere, y despues se lo llevan, sacándole de la scena.*

(2) *Se arma una pelea entre los franceses y los del pueblo, y despues de un corto espacio, en que caen algunos muertos de una parte y otra, los franceses se retiran al patio del Parque perseguidos de algunos. Sebastian y algunos otros se quedan en la scena. Esta pelea ha de ser sin tiros.*

(3) *Al tiempo de marcharse, y concluida la exórtacion, se dexa caer el telon.*

ACTO TERCERO.

SCENA I. (1)

MURAT Y NEGRETE.

MURAT.

Impaciente me encuentro y sin sosiego,
hasta saber de todo el resultado.

NEGRETE.

Ya el estrépito del cañon no suena.
Discurro que el tumulto sosegado
estar debe ya sin duda alguna.

MURAT.

De mi venganza el terrible estrago,
ellos la culpa tienen, pues que sufran
mis rigores, y quede yo vengado.

Sale LEFEBRE.

El parte que para vuestra Alteza (2)
el Comandante de armas ha enviado,
es este, gran Señor.

(1) *El teatro representa un salon bien adornado, por el qual se estarán paseando Murat y Negrete.*

(2) *Saca un pliego cerrado en la mano, y se lo entrega á Murat.*

MURAT.

Venga, veremos (1)

si es que ya queda bien escarmentado ese vil proceder y atrevimiento de tan desenfrenado populacho.

Lee. Smo. Sr. : remito á V. A. el parte conforme á los avisos que he recibido de los acontecimientos de este dia, en el que no debo ocultar la verdad á V. A. I. y R. Este pueblo que con tanta serenidad de ánimo ha visto los militares aprestos del ejército francés, capaces de infundir respeto y terror á qualquiera otra nacion, no ha desmentido la idea que teniamos formada de la intrepidez española desde que pisamos este pais. El populacho que al ver formadas por las calles las huestes francesas, y al oir el estrépito del cañon, parecia regular que se hubiese refugiado huyendo á lo mas recondito de sus hogares, ha hecho todo lo contrario; pues se ha presentado en medio del peligro, y al frente de la artillería, con una intrepidez que no tiene exemplo igual

(1) Le abre.

en las historias. ¿Pero quién, y con qué armas? La mayor parte son gentes de lo mas despreciable de la plebe: los que llaman manolos, acompañados de un número infinito de mugeres, que son algo mas temibles que los mismos hombres, y unos y otros armados con palos, con cuchillos y espadas, y algunas armas de fuego mugrientas y mal acondicionadas. Estas son las gentes, y las armas con que en este dia se ha hecho frente á la artillería, y las bayonetas del ejército francés; y sin embargo, han hecho un extrago horroroso, pues pasan de cinco mil los individuos de todas clases del ejército que se han recogido muertos por las calles de Madrid, con la circunstancia de ser cortísimo el número de los heridos, pues el que han cogido lo han asesinado: por su parte han perecido poco mas de quinientas personas de todas clases, sexos y edades.

El mayor extrago ha sido en el Parque de Artillería, causado por dos cañones que dirigian dos Capitanes de la misma arma españoles, y auxiliados de pocos soldados, y del populacho: estos dos han pereci-

do; pero ha sido por una extratagemata de Mr. Lalande, Comandante del regimiento núm. 23. de infantería, y despues de habernos muerto á metralla mas de dos mil soldados.

Las pocas tropas españolas que se hallan en Madrid, se han mantenido en sus cuarteles sin tomar partido por el populacho, segun las órdenes de su General; pero se ha notado un gran descontento en ellas, por no haber podido ayudarle; lo que si se hubiese verificado, estoy persuadido á que tal vez hubieran perecido todas las tropas francesas que se hallaban por las calles de Madrid, pues se ha notado que por esta causa se ha contenido el resto del vecindario, y no han arrojado, como era de presumir, nada que pudiese mal tratar á los soldados desde los balcones ni ventanas, lo que hubiera causado un horrible extrago.

Sobre la compañía de Mamelucos, es donde mas decididamente han cargado su furor, en tales términos, que ha perecido quasi toda.

Han sido desarmados muchísimos soldados en las calles y plazas; pero particularmente en la plazuela de san-

to Domingo, en la costanilla de lo^s Desamparados, y junto al Palacio de V. A., los que han encerrado y guardado hasta que cesó el motin, teniendo la generosidad, no solo de perdonarles la vida, sino que no han recibido la menor lesion de parte del populacho, segun su informe de ellos mismos.

Reservo para mejor ocasion dar á V. A. I. y R. una noticia mas detallada de los acontecimientos de este dia. Madrid 2 de mayo de 1808. = Es de V. A. I. y R. con el mayor respeto, su humildísimo servidor = Gruchi. =

Representa.

¡Oh qué rabia! ¡qué ira! ¿cómo es dable que unas gentes sin mas armas que palos, espadas, escopetas y cuchillos, hayan podido hacer tales estragos en un ejército tan aguerrido, que siempre ha sido el terror y espanto de toda Italia y del mundo entero?... ¡Me encuentro como atónito y pasmado! Pero aquí es necesario disimulo; *ap.* y que nunca lo sepan los soldados. Preciso será que el estrago ignoren, y persuadirles todo lo contrario, para que no desmayen, y se infunda

entre todos ellos terror pánico.
¿Qué decis vos, Negrete, de este caso?

NEGRETE.

¡Qué he de decir, Señor! que me ha dejado admirado el suceso; y no creyera que jamás ni valor, ni esfuerzo tanto la gente de Madrid tener pudiera!

MURAT.

Pues sería necedad solo dudarlo, porque no habia de fingirlo Gruchi, quando tan mal á todos puede estarnos. A otra venganza el alma me provoca. (1) Perezcan sin defensa todos quantos se hallen en este dia por las calles... Sean pues todos presos y juzgados por una Comision inexorable, y el prado mismo donde me insultaron, sea el teatro donde representen su tragedia, y sean fusilados. Mi ajado honor venganza me aconseja. Que mueran pues todos los que osados (2) me insultaron tan descaradamente; de todos ellos quede yo vengado vertiendo su vil sangre impunemente.

(1) *Con rabia.*

(2) *Recargando quanto sea posible la rabia y el furor.*

SCENA II (1)

CHIREAU.

¡Oh dia horroroso y triste !
 ¡qué accion tan ignominiosa !...
 No sé si Murat lo acierta...
 Lo que sé es que estas cosas
 no pueden parar en bien,
 por mil razones forzosas...
 Para castigar al pueblo
 porque con burla y con mofa
 le trataron, nos obliga
 á obrar tan vergonzosa,
 tan vil, y tan baxamente;
 y en accion tan peligrosa
 exponernos de este modo,
 y á que perezca la tropa
 sin tener defensa alguna.
 Pero á mí solo me toca
 el callar y obedecer
 por obligacion forzosa.

(1) El teatro representa la puerta del Sol, á un lado habrá un cañon y la mecha encendida junto á él. Los artilleros estarán al rededor: habrá esparcidos varios soldados de infanteria, cuyas armas estarán en pabellon, y una centinela que las guardan: Chireau estará pensativo, y mientras dice los versos dará algunos pasos á un lado y á otro, deteniendose alternativamente.

SCENA III. 2

CHIREAU , Y DOVART.

DOVART.

¿Cómo vá ; Chireau ? Buen dia.
Ya estás con melancólicas
reflexiones , como siempre ?

CHIREAU.

Sí , Dovart , porque estas cosas
no pueden ser de mi gusto.
Ya habrás visto la horrorosa
mortandad que ha hecho el pueblo.

¿Es justo que nos expongan
á perecer por caprichos?....

Quando es una accion forzosa
en el campo de batalla;
en donde debe la tropa
pelear con bizzarria,
bien lo sabes , y te consta;
el modo con que me porto;
pero para mí es odiosa
qualquiera accion que no sea
para llenarme de gloria.

DOVART.

Es verdad ; mas es forzosa
precaucion para que el pueblo
enfrene esa orgullosa,
esa altanera osadia

con que á todos nos provoca.

Ellos han hecho este dia
mil extragos con la tropa,

y es preciso castigarles.

La órden es rigorosa,

y aun si se quiere cruel,

como lo verás ahora;

mas yo la creo precisa:

haz que se forme la tropa

para leerla al momento,

y en execucion se ponga.

CHIREAU.

Porte armes.... presente armes. (1)

DOVART.

Orden del dia. (2)

Lee. Soldados: la poblacion de Madrid se ha sublevado, y ha llegado hasta el asesinato. Sé que los buenos españoles han gemido en estos desórdenes; estoy muy lejos de mezclarlos con aquellos miserables que no desean mas que el crimen y el pillage. Pero la sangre francesa ha sido derramada; clama por la venganza: en su consecuencia, mando lo siguiente:

(1) *Hace señal con la espada, y el tambor toca un redoble, y los soldados acuden á las armas, se forman en quadro, y presentan las armas.*

(2) *Lee la orden del dia.*

ARTÍCULO I.

El general Grouchi convocará esta tarde la comision militar.

ART. II.

Todos los que han sido presos en el alboroto y con las armas en la mano, y todos los que lo sean, serán arcabu- ceados.

ART. III.

La Junta de Estado va á hacer des- armar los vecinos de Madrid. Todos los habitantes y estantes, quienes despues de la execucion de esta órden se halla- ren armados ó conservasen armas sin una permission especial, serán arcabu- ceados.

ART. IV.

Toda reunion de mas de ocho per- sonas será considerada como una junta sediciosa, y desecha por fusilería.

ART. V.

Todo lugar en donde sea asesinado un francés, será saqueado y quemado.

ART. VI.

Los amos quedarán responsables de sus criados; los Gefes. de talleres, obra- dores y demas de sus oficiales, los pa- dres y madres de sus hijos, y los Mi- nistros de los conventos de sus religio- sos.

ART. VII.

Los autores, vendedores y distribuidores de libelos impresos ó manuscritos, provocando á la sedicion, serán considerados como unos agentes de la Inglaterra, y arcabuceados.

Tres soldados se han dexado quitar las armas: ya no merecen estar en el ejército francés, y se les ha declarado indignos de servir con vosotros.

Dado en nuestro Quartel general de Madrid á 2 de mayo de 1808. Firmado Joachin. = Por mandado de S. A. I. y R. = El Gefe del Estado mayor general. = Belliard. = (1)

CHIREAU. (2)

¡Oh qué orden tan horrorosa!

DOVART.

En patrullas repartida harás que salga la tropa con la orden de que á todos los que con armas se cojan al Prado se les conduzca.

CHIREAU.

¿Pero qué armas?

(1) *Despues de leida, la fija en la una esquina en los bastidores de la izquierda del actor.*

(2) *Aparte.*

DOVART.

Qualquier cosa:
 un cuchillo, una navaja,
 unas tixeras; de forma,
 que en pudiendo hacer sangre,
 la figura nada importa;
 porque como es la intencion
 castigar de qualquier forma :
 el bárbaro populacho,
 qualquiera motivo sobra.

CHIREAU.

¿Y te parece eso justo?

DOVART.

A nosotros no nos toca
 mas que obedecer: á Dios,

SCENA IV. (1)

CHIREAU.

Aunque órden tan horrorosa
 pudiera lisongearme
 por ser francés, muy odiosa
 me es, segun principios....

(1) Chireau hace la señal con la espada: el tambor toca un redoble; salen los cabos de las filas, y se ponen á su rededor: dá la órden en voz baxa, y luego se retiran: se dividen en patrullas, y se van por varias partes, á excepcion de una que se queda en el teatro; luego sigue Chireau representando.

La tiranía ambiciosa
 del déspota que nos manda
 esta carrera penosa
 me ha obligado á tomar.
 La Francia tan laboriosa
 desde que el Corzo la manda
 con su opresion rigurosa,
 se halla sin agricultura:
 las fábricas numerosas
 que formaban su riqueza
 desaparecieron todas;
 porque los trabajadores,
 (por sus miras ambiciosas)
 con las armas en las manos
 oprimiendo á toda Europa,
 se andan de reyno en reyno,
 y todo el mundo en discordia
 tiene la nacion francesa,
 por lo que nada le importa:
 ¡oh mísera patria mia!
 ¿Cómo es que no reflexionas
 los males que te acarreas?
 ¡Porque llegará una hora
 que de todos combatida
 serás, como ha sido Troya,
 destruida y abrasada! (1)

(1) Chireau se queda paseando por el foro como pensativo.

S C E N A V.

Dichos , y un HOMBRE vestido regularmente con levita ó frac.

HOMBRE.

La curiosidad me lleva, despues de lo sucedido, á ver las disposiciones que estos franceses indignos tienen.... ¡pero una patrulla!

CABO.

¿Quién vive?

HOMBRE.

Amigo.

CABO.

Detente: ¿qué armas llevas?

HOMBRE.

Ninguna: yo he salido á hacer una diligencia, y á mi casa me retiro.

CABO.

Registradle. (1)

SOLDADO.

Nada lleva.

(1) *Le registra.*

CABO.

Pues sigue por tu camino.

SCENA VI.

Dichos, D. PEDRO y D. ANTONIO.

PEDRO.

Ya cesó el fatal extrago,
y podemos sin peligro
volvemos á nuestras casas.

ANTONIO.

No quisiera en el camino
tener algun mal tropiezo.

PEDRO.

No tema usted: ¿ha traído
navaja, ó cosa que pueda
causarle algun perjuicio?

ANTONIO.

Yo nada absolutamente:
ni un alfiler conmigo
traygo; pero sin embargo,
hoy no me hubiera atrevido
á salir de casa un paso;
mas como esto me ha cogido
en casa de mi cuñado
desde que tuvo principio,
porque no esté con cuidado
mi muger, me ha parecido
irme á casa quanto antes,

por sacarla del conflicto
en que por fuerza estará
creyendo que he perecido.

PEDRO.

Lo mismo á mí me sucede;
me entré en casa de un amigo,
y allí nos hemos estado.

CABO.

¿Quién vive?

LOS DOS.

Amigo.

CABO.

¡Alto allá! ¿qué armas llevan?

PEDRO.

Nosotros siempre tranquilos,
jamás de armas usamos.

CABO.

Lo veremos, que es preciso
registrar á todo el mundo: (1)
que nada llevan he visto.

ANTONIO. (2)

Este es el alojado
de casa de mi vecino.

CHIREAU.

¡Oh mi señor don Antonio!
¿Cómo es que usted ha salido

(1) *Le registra.*

(2) *Al ver á Chireau aparte á D. Pedro.*

en este dia, en que hay
por todas partes peligro?

ANTONIO.

Salí por la mañanita,
y quando empezó el ruido
estaba con mi cuñado,
y ya que se ha concluido
me retiro hácia mi casa.

CHIREAU.

Muy bien hecho; como amigo,
os digo que os retireis.

PEDRO.

Segun eso, yo imagino
que hay alguna nueva orden.

CHIREAU. (1)

Allí por aquel aviso
lo podrán ustedes ver;
y en leyéndole, al proviso
les suplico se retiren,
y que eviten el peligro.

ANTONIO.

A mas ver, monsieur Chireau.

CHIREAU.

Abur, don Antonio, amigo. (2)

(1) Señalando hácia donde está fixada la orden del dia.

(2) Chireau se retira, y ellos van á leer la orden, y mientras la leen pasarán algunas patrullas que llevan presos, los cuales hacen esfuer-

PEDRO.

¡Qué infamia! ¡qué crueldad!
¡qué bárbaros asesinos!

ANTONIO.

¡No ve usted á quantos llevan!

PEDRO

Vámonos aprisa, amigo,
que ya no puede sufrirse
un proceder tan indigno. (1)

S C E N A V I I.

La patrulla y el BARBERO.

BARBERO.

¡Que saliese yo á afeytar!

CABO.

¿Quién vive?

BARBERO.

Amigo.

CABO.

¿Qué es lo que llevas ahí?

BARBERO.

Son los trastos de mi oficio: (2)

zos para escapar, y los franceses los maltratan: entre ellos pasarán á un frayle y á un clérigo; pero no uno tras otro, sino alternados.

(1) *Vanse.*

(2) *Enseñádoles la vacia y demas que lleva en ella.*

soy Barbero , y á afeytar
 en este instante he salido
 á unos quantos parroquianos.

CABO.

¿Y qué traes aquí metido? (1)

BARBERO.

Las navajas , las tixeras,
 y todo lo que es preciso
 para....

CABO.

Atadle al momento. (2)

BARBERO.

¡Señores , por Jesu Cristo!
 Estos no son instrumentos
 que jamas se han prohibido,
 y mucho mas á un Barbero.

CABO.

Camina hácia el Prado , indigno.

BARBERO.

¡Soy casado , señor Cabo,
 y tengo muger é hijos!
 tenga compasion de mí,
 y de aquellos angelitos!

CABO.

Anda al Prado , futre , anda. (3)

(1) Registra el estuche.

(2) Los soldados le quitan los trastos de afeytar, y le atan.

(3) Le pega un culcetazo.

BARBERO.

Venganza á los cielos pido. (1)

SCENA VIII.

La patrulla, y un ARRIERO. (2)

CABO.

Registradme á ese bribon.

ARRIERO.

Yo nada traygo conmigo.

CABO.

¿Dónde tienes la navaja?

ARRIERO.

Ni navaja ni cuchillo
llevo. Ya lo ven ustedes.

CABO.

¿Y para qué llevas metido (3)
este palo aquí, fripon?

ARRIERO.

Para arrear los borricos.

CABO.

¿Qué arma es esta que llevas

(1) *Los soldados le llevan á empellones.*(2) *Otra patrulla sale por la derecha del actor, y por la izquierda el arriero con montera, y en ella atravesada una aguja de ensalmar, y la vara en el cinto.*(3) *Le saca la vara, y le dá con ella un palo.*

en el montero metido?

ARRIERO.

No es arma : es una aguja
de ensalmar, que necesito
para remendar las jalmas,
y arreos de los pollinos.

CABO.

Alons , al Prado , fripon. (1)

ARRIERO.

¿A dónde jamas se ha visto
prender á uno porque lleva
una aguja?

CABO.

¿No lo has visto?
pues ahora vas á verlo.

ARRIERO. (2)

Señor Cabo , le suplico
por Dios....

CABO.

¡Oh bugre , diable! (3)

(1) *Le atan.*

(2) *Llorando y aturdido.*

(3) *Le pega un empellon y se le llevan, y él
hace esfuerzo para desunirse.*

SCENA IX. (1)

Una patrulla, D. LUIS y D.^a ANTONIA.

ANTONIA.

Esperaos, fementidos:

¿dónde llevais á mi esposo?

¿qué delito ha cometido?

CABO.

Arreté un petit moment. (2)

¿Por qué metes tanto ruido?

¿qué quieres, señora, dí?

ANTONIA.

Ese hombre es mi marido:

yo os suplico le solteis.

CABO.

¿Dices que éste es tu marido?

pues ya puedes buscar otro,

porque éste viene conmigo

al Prado á ser fusilado.

ANTONIA.

¿Cuál ha sido su delito

para merecer tal pena?

(1) *El teatro se muda y representa una calle al telon del segundo bastidor: la patrulla sacará atado á D. Luis, y detrás saldrá Doña Antonia en traje de casa, pero muy decente, y sin mantilla, algo desaliñada.*

(2) *A la voz del cabo se detiene la patrulla.*

LUIS.

La cartera que conmigo
llevo siempre, me han hallado,
y el corta plumas metido
en el estuche.

ANTONIA.

¿Y por eso
estos viles te han prendido?

CABO.

Anda á la maison, Siñorra,
ves y busca otro marrido.

Alon. (1)

ANTONIA.

Esperad... teneos;
yo humildemente os suplico (2)
que solteis á ese infeliz.

CABO.

No poder; estar preciso. (3)

LUIS.

A Dios, mi querida Antonia,
ruégale por tu marido.

ANTONIA.

No, Luis; no, amado esposo:
te seguiré hasta el suplicio;

(1) Van á echar á andar, Antonia se pone
delante, y se detienen.

(2) Con sumision.

(3) Echan á andar despacio para dar lugar
á que diga los versos.

y si librarte no puedo,
moriré tambien contigo. (1)

SCENA X. (2)

SEBASTIAN , GINESILLO , y despues
una patrulla.

SEBASTIAN.

No escapamos de muy mala , (3)
porque si nos han cogido,
atados como á dos perros
nos conducen al Retiro.

GINESILLO.

El meternos por la calle
del Turco nos ha valido.
La dificultad está
por dónde podremos irnos
á casa sin que nos pillen.

SEBASTIAN.

Por ninguna parte , amigo;
las patrullas esparcidas
por Madrid , todo camino
nos tienen interceptado,

(1) *Sigue á su marido despechada.*

(2) *El teatro se muda , y representa una calle.*

(3) *Sebastian llevará la capa sobre el brazo izquierdo , debaxo de ella un sable corto colgando de modo que pueda hacer uso de él á su tiempo; pero cubierto y que no se vea.*

y ya morir es preciso
á manos de estos infames.

GINESILLO.

¡Qué viles! ¡qué fementidos!

SEBASTIAN.

Y que cobarde venganza
los traydores asesinos

quieren tomar de nosotros....

¿Por todas partes no has visto
quantos presos hácia el Prado

llevan? ¡por qué ya esparcidos,
y sin defensa nos cogen!...

¿Son estos los aguerridos?

¿son estos los que se jactan
que toda Europa han vencido

con el valor de sus armas?

Si á los de hoy son parecidos
los triunfos que han alcanzado

en las partes donde han ido,
muy bien pueden alabarse

de semejante heroismo.

GINESILLO.

¿Arrojaste tú las armas?

SEBASTIAN.

¿Yo arrojarlas? ¡yo? no, amigo:

yo sé que de qualquier modo

ya no puedo dar un pito

por la vida que me anima;

y ya que me hallo perdido,

no he de morir de cobarde,

y matando determino
morir ya que no hay remedio.

GINESILLO.

Hacia esta parte diviso (1)
se dirige una patrulla.

SEBASTIAN.

Es verdad, y ya es preciso
esperarles á pie firme,
supuesto que nos han visto;
porque si escapar pensamos,
una descarga al proviso
por la espalda nos sacuden.

GINESILLO.

Pues yo el escapar elijo,
que de este modo, tal vez
evito mi precipicio;
y si á que lleguen espero,
sé que he de morir de fixo. (2)

CABO.

Espera, aguarda, fripon...
Disparadle un par de tiros. (3)
Ríndete tú: ¿qué armas llevas? (4)

(1) *Mirando á los bastidores de la izquierda, por donde saldrá la patrulla.*

(2) *Huye y sale la patrulla.*

(3) *Le disparan.*

(4) *A Sebastian. Este tira del sablecito, se rolla el capote al brazo izquierdo para reparar los golpes que los franceses le tiran con las bayonetas, y se arma una pelea entre ellos. La patrulla será de seis soldados y un cabo, y de estos mata tres Sebastian.*

SEBASTIAN.

Mostráros las determino
de este modo, vil canalla.

UN FRANCÉS.

Yo soy morto : ¡oh mon Dieu. (1)

CABO.

¡Oh qué diablo de español!

SEBASTIAN.

A vuestras manos, indignos,
moriré ; pero bien caro
os costará el sacrificio. (2)

CABO.

Ríndete, español, ó mueres. (3)

SEBASTIAN.

Vuestra gran fortuna ha sido,
cobardes, que tropecé,
porque si no ni uno vivo
de mis manos escapara.

CABO.

¡Oh sacre nom de Dieu!
Bugre brigant d'español,
tú pagarás lo atrevido (4)

(1) *Cae.*(2) *Tropieza quando están ya tendidos los tres soldados.*(3) *Le apunta la bayoneta al pecho, y los otros tres que quedan se echan sobre Sebastian y le atan.*(4) *Le levantan del suelo despues de haberle atado.*

SEBASTIAN.

Pero llevo el gran consuelo,
 que aunque de heridas me miro
 todo el cuerpo acribillado,
 y (ya morir es preciso,
 por cada herida que tengo
 eché un gabacho al abismo.

SCENA XI. (1)

*La comision militar, la patrulla,
 LALANDE, D. LUIS y D.^a ANTONIA, que
 sigue á su marido, con el pelo
 suelto, y desaliñada.*

ANTONIA.

¡Aguardad, tiranos!
 ¡esperad, crueles!
 ¡volvedme á mi esposo!
 ¡no seais tan duros, tan viles y alevés!

(1) *Vista del Prado. Al frente, en lo mas lejos del foro, se verán los árboles de la subida de San Gerónimo, y entre ellos el canapé del paseo, delante de cuyas verjas habrá algunas personas de las que van á pasar por las armas, á la parte de la derecha de la scena, en donde irán llevando á todos los que vayan de nuevo entrando en la scena conducidos por las patrullas, los quales los van presentando á la comision militar, que se compondrá de Lalunde y otros tres oficia-*

LALANDE.

¿Qué es lo que pides? (1)

¿qué es lo que quieres?

ANTONIA.

Señor Comandante,

(así el santo cielo de mal os preserve)

escuchad mis ruegos:

á este inocente

por haberle hallado

solo un corta plumas, le atan y prenden:

¿es delito acaso?

¿tal pena merece

por un instrumento

que á nadie daño causarle no puede?

Hacedme justicia:

mi esposo volvedme:

humilde os lo pido:

sed, pues, piadoso, humano y clemente.

LALANDE.

No está en mi mano

hacer hoy mercedes,

pues órdenes tengo

que me lo prohíben absolutamente.

tes, y estarán colocados en pie en medio del teatro junto á la embocadura. Al lado izquierdo de la scena se verá la fuente de Neptuno, y al derecho fusiles puestos en pabellon, y algunos soldados franceses, unos con armas, y otros sin ellas.

(1) Con arrogancia.

ANTONIA.

Pero esas órdenes,
 duras y crueles,
 recaen sin duda
 sobre delito que tal se contemple;
 mas es imposible,
 que si justas fuesen,
 recaer pudieran
 de modo alguno sobre cosas levés.
 Y si la venganza,
 esas viles leyes
 tiránicas dicta
 para que perezca tanto inocente,
 á esos desdichados,
 que se una mi suerte;
 perezca con ellos,
 y con mi esposo me junte la muerte.

LALANDE. (1)

En vano ese tiempo
 en súplicas pierdes;
 vaya con los otros,
 sufra la pena pues que le comprende.

LUIS.

A Dios, dulce esposa,
 te pido le ruegues
 por tu desgraciado
 Luis, que sin culpa camina á la muerte.

(1) *Con desprecio.*

ANTONIA.

¡Ah Señor, clemencia; (1)
 ó si es que puede
 mi vida trocarse
 por la de mi esposo, á morir me lleven!
 ¡Por Dios os lo pido!
 ¡por aquella leche
 que os dió vuestra madre,
 ó haced que yo muera, y el libre quede!

LALANDE,

En vano te cansas;
 librarle no esperes.

ANTONIO.

Pues que no hay remedio, (2)
 á tí, esposo amado, uniré mi suerte,
 Moriré contigo,
 y los tiros crueles
 que tu pecho yerran,
 aun tiempo mismo el mio penetren.

(1) De rodillas, y esforzando la expresion quanto sea posible.

(2) Se levanta con resolucion y como fuera de sí, corre precipitadamente á abrazarse con su marido. Los soldados se lo quieren impedir, y despues de algun tiempo de debate (en cuyo intermedio dirá los versos) la separan y la llevan á la fuerza hasta cerca de la embocadura, donde cae como accidentada, permaneciendo así hasta que oye las voces del Comandante.

SCENA XII. Y ULTIMA.

*Los dichos, y la patrulla, que saca
á SÉBASTIAN. (1)*

CABO.

Aquí cerca hemos hallado
á este Manolo atrevido.
Pretendimos registrarle,
y qual tigre enfurecido
á la patrulla embistió.
Tres soldados ha tendido
en el suelo, y si no cae,
creo que ninguno vivo
hubieramos escapado.

SÉBASTIAN.

Eso es lo que yo he sentido,
no haber podido acabar
con quanto gabacho indigno
hay en Madrid y en el mundo.

(1) *La patrulla saca á Sebastian con toda la cara ensangrentada, y luchando con él, que se resiste, y á patadas; y como puede les maltrata, hasta llegar á donde está Lalande con los demas de la comision militar.*

NOTA. En los intermedios de esta scena y la anterior habrán sacado las patrullas al Clérigo, al Barbero y al Arriero, y despues al Frayle.

LALANDE.

¡Valiente eres y atrevido!
 ¿No sabes que está en mi mano
 tu suerte? ¿Y que tu destino
 pende de mi voluntad?
 ¿Que puedo, aunque tu delito
 es grande, salvar tu vida
 porque eres hombre de brio?
 O mandar que en el momento,
 con los demás, confundido
 te lleven para que sufras
 la pena que has merecido?

SEBASTIAN.

Solo eso último deseo;
 que el aliento que respiro,
 si tengo de conservarle
 á costa del sacrificio
 de deberlo á algun francés,
 lo detesto y abomino.

LALANDE.

¡Oh que soberbio español, (1)
 qué carácter tan altivo!
 ¡pues no desmaya á la vista
 del horroroso suplicio!
 Que vaya con los demás, (2)
 y perezcan al proviso
 al impulso de las balas.
 De este modo determino

(1) *Enfurecido.*(2) *Al Cabo.*

escarmentar á esta plebe,
 y cumplir lo que he ofrecido
 al Grande Duque de Berg;
 así veré si consigo
 enfrenar su atrevimiento.

SEBASTIAN.

Pues no podrás conseguirlo,
 que el español no se humilla
 con tratamientos indignos,
 y qual valiente leones,
 que quando se ven heridos
 todo peligro atropellan,
 y envisten enfurecidos
 hasta lograr devorar
 aquel que les ha ofendido:
 valientes y osados siempre
 los que la dicha han tenido
 de nacer en este suelo,
 lograrán el exterminio
 de ese enjambre numeroso,
 de esa tropa de vandidos,
 y nó á sangre fria, nó,
 qual vosotros, fementidos,
 sino en el campo de Marte,
 en donde el vil artificio,
 la infame intriga y el dolo,
 no han de poder serviros.... (1)

(1) *Dirigiendo la palabra al público con mucha energía.*

Sí, valientes españoles,
 á la venganza os invicto,
 acabad con esas fieras,
 que ninguno quede vivo
 de quantos infames siguen
 del vil Corso los caprichos.
 Perezcan, perezcan todos,
 y ántes que logre ese iniquo
 subyugar á la Nacion,
 si la suerte ó el destino
 lo tiene asi decretado,
 que el último de vosotros
 sea su último enemigo.
 Entregad todos gustosos
 las gargantas al cuchillo
 ántes que veros esclavos
 de monstruo tan indigno.

LALANDE.

Acabad con ese infame.
 Matadle, matadle digo,
 dadle de bayonetazos, (1)
 y que en su vil exterminio
 escarmiente esta Nacion
 orgullosa. Haced lo mismo
 con quantos hay en el Prado,
 y en las calles se han acogido.

(1) *Lo hacen, y cae muerto.*

ANTONIA.

Dexadme, dexadme, infames: (1)
no me priveis del alivio
de morir con mi Luis.

EL FRAYLE.

Confianza en Dios, hijos míos;
arrepentíos de veras
de todos vuestros delitos,
y esperad en el Señor
que piadoso y compasivo
os abrigará en su seno.
Por defenderle morimos,
y seremos colocados
entre el número infinito
de tanto glorioso mártir
como habita el Empíreo.

LA LANDE.

Dadle la muerte á ese frayle. (2)

ANTONIA.

Soltad, crueles é impíos,
y no me impidais que muera
con mi esposo.

(1) *A la voz del Comandante, Antonia como vuelta en sí de su desmayo, se levanta y corre precipitada á unirse con su marido: los soldados la quieren detener, y haciendo esfuerzos para desairse de ellos, dice los versos.*

(2) *Le tiran dos tiros, y cae muerto el frayle: al mismo tiempo los soldados que estan al frente de los varios que habrá juntos para fusilar, preparan las armas para tirarlos.*

CLERIGO.

Arrepentíos

de todos vuestros pecados,

y con corazón contrito

pedid perdón al Señor.

Yo en el nombre os absuelvo

de el Padre y del Hijo

y del Espíritu Santo.

TODOS.

Por vuestra causa morimos :

misericordia, Señor. (1)

ANTONIA.

¡Ah! Bárbaros asesinos,

cruels mas que las fieras,

verdugos viles é indignos,

la tierra se abra y os trague,

y en ella os sepulte vivos.

Un rayo del cielo os dexé

en cenizas convertidos.

Y á tí, gefe vil-é infame (2)

de estos verdugos impíos,

mil fieras te despedacen,

que tu corazón maligno,

vivo te arranque una sierpe

(1) Disparan una descarga cerrada al monton, y caen todos muertos, y entonces los soldados que detenian á Antonia, la sueltan.

(2) A Lalande.

de ese pecho fementido. (1)
Muere á mis manos, cruel.

LALANDE.

¡Oh qué fiero basilisco
de España! ¡Muerto soy! (2)

ANTONIA.

Ya quedas, esposo mio,
vengado de ese inhumano:
ya por fin he conseguido
librar de una fiera al mundo.
Ojalá que al tiempo mismo
todos prováran su suerte,
hasta aquel tirano impío
del cruel Napoleon: (3)
ya ni deber he cumplido...
Contenta la vida pierdo...
Admitid en sacrificio
mi vida, Virgen María...
misericordia, Dios mio.

FIN DE LA TRAGEDIA.

(1) Con la furia echa mano al sable de un soldado, le saca y atraviesa con él á Lalande.

(2) Caee muerto en los brazos de los Oficiales de la comision militar, uno de ellos hace seña á los soldados para que maten á Antonia.

(3) Los soldados á la seña del oficial desem-
baynan los sables, y dan dos ó tres heridas á Antonia. Ella se pone las manos al pecho como si tuviera allí las heridas, sosteniéndose vacilante hasta que diga el último verso: entonces se dexa caer, y al mismo tiempo se corre el telon.